



## Capítulo seis

Yale University

o los templos del conocimiento.  
Una cabeza llena de proyectos



El Collegiate School había sido fundado en 1701 en Saybrook, Connecticut, y 17 años más tarde había sido instalado en New Haven, como universidad y con el nombre de su gran mecenas de entonces: el Señor Yale. La escuela de medicina había sido establecida en 1810, de manera que cuando Ezequiel Uricoechea llegó a inscribirse, la facultad llevaba 40 años de existencia, y era una de las mejores del continente. Los lecture terms o pe-

riodos de conferencias —cinco o seis diarias— se iniciaban anualmente el último jueves del mes de septiembre y continuaban por cuatro meses, al final de los cuales se llevaban a cabo los exámenes para grados y licenciaturas.

Cuando Ezequiel llegó a registrarse al edificio llamado South Sheffield Hall, una construcción maciza como un cubo de cuatro pisos, donde funcionaba la Escuela de Medicina, con un pórtico en forma de pequeño templo griego con tres columnas a cada lado de las escalinatas, vio que entre los robles enormes de los prados donde se espantaban las ardillas, alguien le hacía señas. El personaje pasó de un lado a otro de los matorrales, y Ezequiel le vio el andar apresurado de los ebrios y el ondear de la brillante piel negra del anteojado oso paramuno, y debajo, como una pícara y esponjada pluma, la cola de zorro. Se escondió entre la vegetación y la mano con una totuma se asomó ofreciéndole un trago de chicha.

—¡Fu! —Exclamó el joven, emocionado, al reconocer al borrachín dios de los muiscas que le participaba de la bebida de maíz recibida en las fiestas de la última cosecha, antes que la espada y la cruz españolas lo separaran de sus fieles, hacía más de trescientos años. Ezequiel probó un sorbo y el elixir le llenó el corazón de felicidad y la mente de luces. Vio el oro y recordó la silueta del tunjo que en la infancia le regalara Xue, el Señor Sol, y comprendió por qué decía el árabe Geber que el oro era perfecto, y en su alma se prefiguró el misterio de sus raíces y se sintió dispuesto a descubrirlo.

Entró a la oficina de registro con los ojos brillantes, las mejillas calientes y la sonrisa de Fu, sabiéndose dueño de secretos maravillosos, y listo a pagar sus derechos con el dinero que le había girado Sabas. A 12,50 dólares por cada curso, pagó en total 73,50 dólares por ese primer año de estudios. En el bolsillo llevaba las ramitas de quina, el árbol que cura las fiebres que matan en los pantanos: era el regalo del dios muisca que desde la infancia le llamaba “chu”, en su lengua.

Como había llegado con el título de Bachelor of Arts, le esperaban tan sólo dos términos de dieciséis semanas anuales de estudio para obtener el doctorado después de un examen oral ante un comité de representantes de la escuela de Medicina y la Sociedad Médica de Connecticut. A Ezequiel le interesaron, particularmente, la biblioteca —cincuenta mil volúmenes— y un Museo de Historia Natural, con grandes colecciones de pájaros, insectos, peces, conchas, caracoles y un rico y bello gabinete de

mineralogía y geología. Allí estaban los verdaderos secretos, allí brillaban las luces que recibió en la infancia de los dioses muiscas en el Salto del Tequendama, y esos lugares eran para Ezequiel más interesantes que las conferencias sobre prácticas de clínica en el Hospital Municipal.

Su gran influencia fue el venerable profesor Benjamín Silliman, de setenta y un años, un sabio que dominaba la química, la historia, la mineralogía y la geología. Tenía la magia de hacer que sus estudiantes amaran la ciencia y no en vano era el científico más destacado e influyente de Norteamérica en su tiempo. Ezequiel y él se entendían por lo paralelo de sus vidas: Benjamín había entrado a Yale a los trece años, a los dieciséis era tutor en derecho, la carrera que había escogido, y a los veintitrés era profesor de química e historia natural en su College. Cuando fue a Inglaterra se contactó con los principales científicos de su tiempo y se interesó en la geología y la mineralogía, materias que enseñaría después, al retornar a Norteamérica y convertirse en el cofundador de la Escuela de Medicina.

El hijo de Silliman, también de nombre Benjamín, escribió dos libros titulados *Principios básicos de química* y *Principios básicos de física*, que fueron textos en los cuales Ezequiel estudió. La hija de Silliman padre se casó con James Dwight Dana, geólogo, zoólogo y mineralogista que publicó un *Sistema de mineralogía* y un *Texto de geología*. De los Silliman y Dana aprendió que en el universo de la ciencia se debe estar permanentemente activo y, como ellos, siempre actualizado, proponiendo, buscando, publicando, como lo hacían ellos en las diversas revistas científicas de su tiempo.

“Lo que me gusta es que no son mediocres”, decía Simbad que, para entonces, ya empezaba a tener los anchos hombros de navegante, la sonrisa llena de sol y los bigotes de aventurero que se preparaba para su primer viaje.

La tesis de doctorado de Ezequiel fue sobre la Cinchona, la ramita que el dios muisca Fu le había puesto en el bolsillo. Era un trabajo de dieciocho páginas escritas a mano, en inglés, con su elegante caligrafía. “La botánica de la cinchona” era el primer capítulo, donde describía el árbol, mencionaba sus características y elogiaba al sabio José Celestino Mutis. En su segundo capítulo, “La química de la cinchona”, Ezequiel describió los análisis hechos por los químicos, el aislamiento de la *cinchonina*, su alcaloide, y el uso y efectos de sus diferentes sales, en especial el sulfato de cinchonina.



*Cinchona*

In History of Cinchona, *Cinchona* a genus of the Vegetable Kingdom of the same natural order, natural family Cinchonaceae and genus *Cinchona* is distinguished, according to the Linnaean system, in the class Endandra, order Conocephalae. The plants belonging to this genus, are large and majestic trees, 30 - 40 feet high, or shrubs 8 or 9 feet, growing between 25° Lat. and 14° Lat., thriving best in mountainous regions. The general characters are: calyx five-toothed, corolla hypocrateriform, with a 11/2-parted limb; ovary in 10 articulation without, linear, inserted within the tube and not projecting unless in a very slight degree. Seed, girdled by a membranous lacinated wing (plumbe). The number of species is doubtful, Humboldt has 9, Ruiz & Pavon 11, In Condamin's list it is 11, that distinguished South American botanist Don Celestino Meisner whom Linnaeus calls Phytologorum americanorum princeps, and of whose name he says Nonne sine mendata quid nullas alia unquam dicitur, and whose powerful mind, not only mastered Botany and Astronomy, but also other sciences, that we owe the knowledge of many species, discovered by himself, and the true geographical distribution of this interesting genus. His name will be honored

Primera página de la tesis de doctorado de Uricoechea.  
 Copia del Instituto Caro y Cuervo, tomada del original conservado en la Universidad de Yale.

LITUA 11

El tercer capítulo, titulado "La historia de la cinchona", se refería a la palabra quinina, la más usada en Europa, cuyo origen, según el sabio viajero Charles Marie de la Condamine, podía ser el término *quina ai*, que en idioma quechua designa una especie de chal o mantilla. Cuenta que los indígenas la conocían mucho antes de la llegada de los europeos y su uso se remontaba a leyendas, como la del indio enfermo que vio un jaguar herido que mascaba la corteza de ese árbol, y se dijo "Si es buena para él también lo será para mí", lo imitó y se curó. Otros dicen que los jesuitas seguían el ejemplo de los indígenas de reconocer las plantas mordiéndoles la corteza, y al sentir amarga la cinchona la consideraron medicinal y le descubrieron sus propiedades curativas.

Otra leyenda tenía relación con el indígena enfermo y sediento que bebió el agua de una fuente donde se había caído una corteza de cinchona, y gracias a ello sanó; aunque también estaba la historia de la virreina del Perú, la condesa de Chinchón, quien enferma de fiebres, se curó gracias a la quinina tomada por consejo de un corregidor. Al retornar a Europa llevó una buena cantidad de la corteza que su médico, don Juan de la Vega, se encargaría de distribuir en Sevilla. Afirma que por eso la quinina recibe los nombres de "polvos de la condesa", o "polvos de los jesuitas". La fama de este remedio, que era desconocido en Europa, se extendió rápidamente y su fuente permaneció en el misterio para los europeos, hasta que Luis XIV, en 1769, la hizo pública, después de comprar el secreto a un inglés. Pero el árbol productor de la quina se hizo conocer tan sólo en 1738, cuando La Condamine lo describió y Linneo le dio el nombre de *Cinchona officinalis*. En el siguiente capítulo, "Los usos medicinales de la cinchona", Ezequiel habla de las propiedades tónicas y febrífugas en casos de escarlatina, sarampión, viruela, carbunco y abscesos. Menciona que puede ser aplicada en infusión, tintura, píldoras, etc., o en forma de licor, como la usaba Mutis, pero aplicada con prudencia.

La tesis se cierra con el capítulo "Las enfermedades de la cinchona", donde relata algunos casos de efectos secundarios y alaba las posibilidades de la química en el mundo. Finaliza con la esperanza puesta en América del Sur, "el hogar de la cinchona", en donde la enorme riqueza de plantas con poderes curativos podrían "aliviar nuestra condición y esparcir alegría a nuestro alrededor".

El espíritu de orgulloso americanista empezaba a cimentarse en Ezequiel, y hacia el final de su carrera publicó en el *New York Herald*,

el 10 de abril de 1852, el artículo “Las minas de oro de la Nueva Granada”, con toda su esperanza puesta en las inmensas riquezas de “ese bello país” que describía como, si de verdad, lo hubiera recorrido por encima con una alfombra mágica.

La patria de ese entonces se abría al mundo: el presidente José Hilario López contrataba una Comisión Corográfica para que levantara mapas y describiera las potenciales riquezas de la Nueva Granada. Ezequiel describía el Chocó como “una segunda California” y mencionaba los yacimientos auríferos de los ríos Atrato, Cauca y las minas de Antioquia, las esmeraldas de Muzo y los depósitos de cobre en Monquirá.

“Hora, mis amigos, de desdoblar la alfombra mágica que el camino es Alemania”, dijo Ezequiel después de recibir el grado de doctor en medicina de la Universidad de Yale, al aprobar los exámenes con el jurado que por un momento tuvo que deliberar, pues la edad exigida para graduarse era de veintiún años y estaban ante un jovencito de dieciocho que los deslumbró con sus capacidades. El decano, doctor Charles Hooker, miró al sabio Benjamín Silliman y él hizo una seña casi imperceptible, como si un colibrí le hubiese rozado la frente y dio la aprobación. Era el guiño que le hacía a Ezequiel para que pudiera viajar a Berlín a entrevistarse con Alejandro von Humboldt, a quien Silliman también conocía.

Por entonces, en el corazón del joven Uricoechea tintineaba el tunjito de oro que le diera Xue, el Señor Sol, y que Scheherazada portaba en su cuello, colgado de un hilo de luz.